

Cuentos & Cuentistas

El club de los mentirosos

Hay una acepción de *cuentista* que recogen los diccionarios de sinónimos (incluido el de *Office*) y que se emplea bastante en el habla común. Dicha acepción es la del cuentista como chismoso, parlanchín, embaucador o mentiroso. Esto encaja por cierto con el estro de la ficción literaria, que se rige por la consigna que acuñó Vargas Llosa: “la verdad de las mentiras”. Y entre este tipo de cuentistas fantasiosos, mitómanos, ingeniosos y audaces se halla, con todo respeto, Jorge Luis Borges... Borges, el cuentista por excelencia de las letras hispanoamericanas, que todo lo transformó en cuento, incluyendo la filosofía, la historia, la religión y la literatura; y dentro de ésta, la poesía, que en él se vuelve narración, cuando no canción: “Recuerdo fue en Balvanera, en una noche lejana, que alguien dejó caer el nombre, de un tal Jacinto Chiclana”. Borges sabía del poder del relato breve y nunca abordó la escritura de una novela. Le gustaba sólo leerla... y selectivamente. Prefería el género policial, así como el fantástico para el cuento.¹

Pero hay otra estirpe de mentirosos colosales: los científicos. Ayudados por su inteligencia y capacidad son capaces de convencernos de sus geniales quimeras; aunque también hay los que lucran con la ciencia, entre los cuales se hallan los magos, los empresarios circenses, los cazatalentos, los profetas apocalípticos y los gurus, entre muchos otros especímenes que han hecho de la mistificación un arte o un negocio. Así como Borges narró en su *Historia universal de la infamia* las vidas de unos cuantos crápulas que parecen más de ficción que reales, otros se han dedicado a desenterrar aberraciones del conocimiento que habrían sin duda divertido al maestro argentino. Uno de ellos es el médico londinense Jan Bondeson, que ha recogido algunas de las más flagrantes supercherías y trapiés en la historia de la ciencia, en dos volúmenes: *Gabinete de curiosidades médicas*; y su secuela, *La sirena de Fiji y otros ensayos sobre historia natural y no natural*.² Ambos libros están maravillosamente ilustrados.

A pesar de sus engañosos títulos, no se trata de libros de historia ni de ensayos formales.³ En el *Gabinete* se cuentan variados prodigios. La teoría de la “combustión

¹ Ver su agudo prólogo a las *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury.

² Siglo XXI Editores, México, 1998 y 2000 respectivamente.

³ Como tampoco lo es el *Manual de zoología fantástica* de Borges.

humana espontánea”, prescrita desde el siglo XVII como una consecuencia de la ingesta de alcohol, tuvo un par de siglos de vigencia. Un científico llegó a afirmar que “era muy peligroso para una persona embriagada acercarse a una vela prendida o a cualquier fuego por el temor de arder espontáneamente”. El tema fue de controversia pública hasta avanzado el siglo XIX, y el propio Dickens intervino en apasionados debates. No menos pavorosa fue la llamada enfermedad de “la serpiente en el estómago”. Al parecer todo empezó con una leyenda noruega acerca de una noble doncella a quien el vientre le empezó a crecer sospechosamente, lo cual se atribuyó a haber bebido agua infectada con huevos de serpiente. Finalmente logra expulsar al ofidio y su padre, valeroso y decidido, le corta la cabeza y soluciona el problema.

La serpiente aparece también en otros contextos: como método de tortura (introducción de una por la boca para que devore el corazón), cuyo resultado fue, digamos, eficaz: gracias a esta técnica muchos escandinavos abandonaron la vieja religión de Tor para adoptar la de Cristo. Cabe señalar que la presencia, no sólo de serpientes sino también de ranas y lagartos en el interior de algunas personas, quedó registrada en textos de autores tan respetables como Hipócrates, Aecio y Plinio, sin olvidar una mención en el Talmud (libro sagrado judío).

Hay muchas más historias en el *Gabinete*: el devastador “mal de los piojos” en la Europa medieval, diagnosticado como una manifestación de la ira de Dios... La demostración de la existencia, en alguna era, de gigantes sobre la tierra... La vida patética y mártir de los individuos que nacían con cola... El espanto de “la muerte aparente” (y la inhumación prematura) así como su eventual secuela: el prodigio de volver a la vida. El Dr. Bondeson cuenta que hubo verdaderas epidemias de resucitados en algunas morgues europeas durante el siglo XIX.

La historia de Mary Toft, “la paridora de conejos”, es particularmente convincente, ya que hay un retrato suyo de 1726 acunando a uno de estos animalejos. Aunque la dama era un tanto promiscua, y la prensa amarilla inglesa se ensañó con el médico y la partera involucrados, encontrando que ciertos conejitos eran demasiado parecidos a este Sir o a aquel Lord. Los literatos aprovecharon para meter su baza, y Jonathan Swift (el de los *Viajes de Gulliver*) y Alexander Pope escribieron textos satíricos. Este último recomendó

que se utilizaran hurones para explorar en las entrañas de Mary Toft, detectar la presencia de los conejos y así aniquilarlos.

Pero el relato más dramático es la extraña historia de Julia Pastrana, “la dama mandril”. Esta era una india mexicana que tenía un abundante vellosidad en la mayor parte de su anatomía, además de unas protuberancias en las mandíbulas que le daban un aspecto terroríficamente simiesco. Sin embargo, poseía un bello cuerpo y era una hábil bailarina. Fue una de las mayores atracciones en los circos europeos de la era victoriana y materia de toda suerte de especulaciones científicas. Llevó una vida trágica y fue víctima de consejeros y especuladores que se aprovechaban de su celebridad. Murió de parto en Rusia, tras haber dado a luz un niño tan peludo como ella y deformado por el uso de fórceps, el que vivió sólo 35 horas. Su empresario, que se había casado con ella, vendió a la Universidad de Moscú el cuerpo de Julia y su hijo, que fueron embalsamados con un sistema recién desarrollado y exhibidos con gran éxito. Al enterarse, el empresario metió pleito hasta recuperar las momias y llevárselas a Estados Unidos, donde gozó de una nueva racha de ganancias.



Hay más portentos en el otro libro, *La sirena de Fiji*, aunque esta vez el Dr. Bondeson nos narra historias de animales, como el caso de Marocco, el milagroso “caballo danzarín”, que hacia fines del siglo XVI salió en gira europea engalanado con herraduras de plata; y el caso del “cerdo letrado”, que podía contar historias, leer y adivinar el pensamiento en la Inglaterra del siglo XVIII. Esto llevó a especular mucho con la inteligencia de los porcinos, tanto que el Dr. Erasmus Darwin, abuelo del creador del evolucionismo, advertía en un escrito acerca del peligro de sacar a los cerdos de los chiqueros para que desarrollaran sus talentos racionales.

Pero el caso más sugestivo es el de la “sirena de Fiji”, la supuesta prueba de la existencia de estos seres mitológicos. El Dr. Bondeson introduce el tema con atractivas citas literarias, mostrando la persistencia de este mito de la mujer-pezu en la imaginación de la humanidad durante siglos.⁴ Fue un tal capitán Eades, de Boston, quien a mediados del siglo XIX llegó a Holanda con una sirena disecada comprada a unos pescadores en las Indias Orientales. Tenía una cabeza parecida a la de un mono, mamas y cola de pez. Medía cerca de un metro. Allí debió entregarla a las autoridades, pero decidió comprarla, para lo cual vendió su barco. Llegando a Inglaterra se la requisaron en la aduana. La sirena pasó de mano en mano, siempre con efímero éxito para sus eventuales propietarios, y la aventura de su descubrimiento se fue adornando cada vez más. Aparecieron otras sirenas entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, cada cual más falsa, ya que se habían revelado como un negocio lucrativo. El capitán Eades, en tanto, el descubridor de la sirena de Fiji, debió navegar durante años sin remuneración para pagar sus deudas. La maldición de las sirenas sí parece haber sido un fenómeno real.

Para terminar, un par de palabras sobre mi relato preferido, aquel donde el Dr. Bondeson se ocupa del “enigma del basilisco”, el pequeño rey de los reptiles, mitad gallo mitad serpiente, y cuya mirada bastaba para matar en medio de horribles dolores. Tal vez la bestia más peligrosa de cuantas ha creado la imaginación humana. Se manifestaba con un silbido aterrador que hacía huir a todos los demás reptiles; se alimentaba de carroña, la que ninguna otra bestia tocaba ya que se podía contaminar por su poderoso veneno. Con su aliento mataba todo lo que volara. La tierra que pisaba quedaba abrasada, como por un

⁴ Teresa Gisbert en su magnífico libro *Iconografía y Mitos Indígenas en el Arte* (La Paz, 1980) se expone sobre Quesintuu e Imantuu, las sirenas del lago Titicaca, ratificando la universalidad del mito.

incendio. Según la leyenda, sólo Alejandro Magno pudo vencer al basilisco, usando la artimaña del espejo, aterrando al monstruo con su propia imagen... En el siglo XIII un alquimista descubrió una explicación de su origen: un gallo viejo que ha perdido su virilidad, pone un huevo pequeño y anormal. Si éste cae sobre un montón de estiércol y es empollado por un sapo, nace una bestia desgraciada con torso y cabeza de gallo, alas de murciélago y cola de serpiente: el basilisco. ¡Viva la ciencia!

